

Banquete de clausura (2/2)

Dr. Justo L. González



Conferencias de MARCHA
11 de agosto de 2007

Banquete de clausura (2/2)

Durante estos días hemos estado discutiendo muchos temas que nos tocan de cerca. No tengo que repasarlos. Hemos hablado de presupuestos y de pobreza, de problemas dentro de la iglesia y de los problemas de la sociedad que nos rodea, de nuestro liderato y del liderato de la nación, de violencia doméstica y de violencia internacional, de leyes injustas y de la injusticia legal.

Pero todo esto hemos tratado de verlo desde una perspectiva diferente—no sólo, como es común, a través del lente de nuestras preocupaciones inmediatas, ni tampoco sólo a través del lente de nuestras experiencias pasadas, sino también a través del lente del futuro que esperamos. De ahí el tema para esta trigésimo-sexta asamblea: “Mañana: futuro, con esperanza”. Como ya he señalado, al ver las cosas de ese modo estamos a tono con buena parte de la teología contemporánea, que va descubriendo la escatología, no como cuestión de miedo, sino como cuestión de esperanza y como pauta para la vida presente.

Esta noche, sin embargo, se me antoja sugerir que, como iglesia en medio de un pueblo frecuentemente marginado, y pueblo latino en medio de una iglesia frecuentemente aburrida, tenemos algo importante que ofrecer. Ese algo es la Fiesta.

La Fiesta es, entre muchas otras cosas, nuestro modo particular de referirnos a la expectativa

escatológica. Es por eso que, en ese credo que todos conocemos, nos referimos al “Día de la Gran Fiesta”. Y es por eso que esta noche, no en el contexto de una conferencia en la que hay que tomar las cosas más en serio, sino en el contexto de este convivio que en sí tiene mucho de fiesta, me atrevo a sugerir, como agenda para nuestra reflexión futura, el desarrollo de una escatología festiva—o, una vez más empleando palabras que se avienen mejor a un banquete que a una conferencia, un fiestología escatológica.

El tema de la fiesta es fundamental para entender el mensaje de la Biblia toda. El primer mensaje que Dios le envía al faraón a través de Moisés y Aarón es “Deja ir a mi pueblo para que celebre una fiesta en el desierto” (Ex 5. 1). En el Evangelio de Lucas, Jesús hace su primera entrada en Jerusalén, a los doce años de edad, cuando va allá con su familia a celebrar la fiesta de la Pascua. En el Evangelio de Juan, Jesús inaugura su ministerio público en una fiesta de bodas—donde de paso produjo aproximadamente 600 litros de vino, o lo que hoy serían 800 botellas. ¡Tremenda fiesta! Y en toda la historia de la pasión hay una relación estrecha entre lo que se cuenta y la fiesta de la pascua, que Jesús celebra en Jerusalén con sus discípulos.

En una de sus más famosas parábolas, Jesús habla de la gran fiesta para la que el padre del pródigo hace matar el becerro gordo, y de la que el hijo supuestamente fiel se abstiene. Repetidamente Jesús usa ilustraciones tomadas de las fiestas y los banquetes. El Reino es como un banquete al que las gentes son invitadas. El Reino es como la llegada de un novio a sus bodas. La conversión de Zaqueo se celebra con un banquete. De hecho, alguien ha dicho que,

particularmente en el Evangelio de Lucas, Jesús se la pasa de banquete en banquete. En ese mismo evangelio, el propio Jesús comenta lo que dicen de él: “Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores”. Y, como parte de sus enseñanzas, Jesús les da a sus discípulos instrucciones precisas acerca de cómo comportarse en los banquetes —una especie de Emily Post del siglo primero, aunque las reglas de Jesús sorprenderían a doña Emily: inviten a los que no les puedan devolver la invitación; no se sienten en los mejores Puestos.

Por todo eso, el centro del culto cristiano a través de las edades ha sido una fiesta. Un banquete que por varias razones hemos tornado en un pedacito de pan y apenas un sorbo de vino. Una fiesta que por varias razones la iglesia tornó en un servicio fúnebre; pero, como recordatorio de la verdadera naturaleza de esa fiesta, siguió hablando de “celebrar” la Comunión.

Pero hay fiestas y fiestas, y no todas son del agrado de Dios. El mismo Dios que libera al pueblo del yugo de Egipto para que pueda celebrar la fiesta, luego dice: “¡Son iniquidad vuestras fiestas solemnes! ¡Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes!” (Is 1.13-14).

Hay varios modos de celebrar lo que parece ser la misma fiesta, pero que son en realidad celebraciones de fiestas contradictorias, de distintas perspectivas acerca de lo que se celebra, de distintas esperanzas.

Esto lo vemos ya aquel día en que Jesús por primera y última vez celebró con sus discípulos lo

que vino a ser la fiesta semanal de la iglesia. Era la noche de la gran fiesta de Israel. Fiesta de la gran liberación del yugo de Egipto. Fiesta de todas las liberaciones que el pueblo había conocido por el brazo prepotente de Yahvé.

Había ya llegado la noche de la gran celebración, de la fiesta anual de la liberación del pueblo de Israel. Para celebrar esa historia, Jerusalén se viste de gala. Cien mil peregrinos acuden a ella. En el Templo, en medio de gran pompa, se celebran los sacrificios rituales, y se rocía el altar con sangre. Son las fiestas patrias, un cuatro de julio jerosolimitano.

Pero no todos tienen la misma visión. En un aposento alto, quizá no muy lejos del Templo, un puñado de galileos se reúne con su maestro, también galileo, para celebrar los mismos hechos. Los mismos hechos, pero no la misma visión ni la misma esperanza.

Son gente de segunda clase. La memoria de la Gran Liberación ha quedado bajo el control de los que dominan el Templo, de los que se sientan con Caifás y con Herodes, de los que hacen componendas con Poncio Pilato.

Para aquellos otros, para los recientemente llegados de Galilea, para aquel grupo de excluidos, era una noche oscura. Oscuridad de tristeza: el alma está muy triste, hasta la muerte».

Oscuridad de angustia: «Padre, se quieres, pasa de mí esta copa». Oscuridad de traición: de vosotros me ha de entregar». Oscuridad de dudas: «¿seré yo, Señor?» Oscuridad de

desengaños: «antes que el gallo cante, me negarás tres veces».

Y en medio de la oscuridad de esa noche triste, el Maestro de Galilea celebra e instituye su propia fiesta. Tomó pan. Pan, el más común de los alimentos. Pan, posiblemente despreciado por quienes en los grandes palacios se deleitaban con exquisitos manjares. Pan de trigo cultivado en campos galileos, con sudor galileo. Pan, como esa lechuga que cultiva nuestro pueblo encorvado, y que luego se usa de adorno en los banquetes elegantes.

Y tomó vino. Vino como el que se usaba para embriaguez en las orgías de Herodes. Vino de uvas cultivadas y prensadas en sangre galilea. Vino de alegría y vino de dolor como esos vinos de California que se venden tan baratos y que tanto han costado.

Era la misma fiesta: pero no era la misma. Por un lado se celebraba la visión de los poderosos, de los encopetados—visión que consistía sencillamente en la continuación de sus privilegios, y en convencerse a sí mismos de que tales privilegios eran bendición divina, y no pecado humano. Por el otro lado se celebraba la visión del que pronto sería crucificado, y luego la visión de sus discípulos: Visión de un cielo nuevo y una tierra nueva; visión de un gran banquete donde los pobres, los harapientos, los despreciados tendrían lugar de honor; visión del banquete de las bodas del Cordero; visión del Día de la Gran Fiesta.

Allá, en aquel pasaje de Éxodo que cité anteriormente, Dios expresa su propósito de que su

pueblo celebre la fiesta en el desierto. No que se les dé lugar de honor en las fiestas del faraón, sino que se les dé oportunidad de celebrar en el desierto. Pero el pueblo es como es, y repetidamente, ya en el desierto, quiere volver a las ollas y las cebollas de Egipto. Quiere celebrar la fiesta; pero quiere celebrarla, no en visión subversiva que promete un nuevo futuro, sino en visión domesticada que se acoge a los beneficios del faraón.

Lo mismo en tiempos de Jesús. Quienes celebran la fiesta en el Templo y en los grandes palacios quieren celebrarla, pero no en visión subversiva que promete un nuevo futuro, sino en visión domesticada que se acoge a los beneficios de Roma y del Imperio. Sus sacerdotes son descendientes de aquel Aarón que primero llevó el mensaje de liberación ante el trono del faraón. Pero ahora su esperanza no es de liberación, sino de privilegio. Quieren celebrar la fiesta de Dios; pero no a la manera de Dios, sino a la manera de ellos.

Lo mismo ha sucedido repetida y continuamente a través de toda la historia de la iglesia. Como los fariseos y los sacerdotes de antaño, repetidamente la iglesia misma—sus líderes, pastores y sacerdotes—ha querido celebrar su propia fiesta. Ha querido darle el mismo nombre, como los sacerdotes de antaño que se imaginaban que estaban celebrando la gran liberación de Israel. Pero no ha sido la fiesta de la visión escatológica, la fiesta que los galileos excluidos celebran en subversiva expectativa del Reino. Y nosotros también, los líderes de hoy—¿por qué no decirlo, los fariseos y los sacerdotes de hogaño?—queremos celebrar la fiesta. Pero estamos más dispuestos a celebrar nuestra fiesta que a celebrar la fiesta de Dios. Nuestras fiestas celebran lo

que somos, lo que tenemos, lo que podemos, lo que hacemos. Pero en esas mismas celebraciones perdemos de vista la posibilidad de celebrar la Gran Fiesta de Dios: No lo que somos, sino quién es Dios; no lo que tenemos, sino de quién somos; no lo que podemos, sino lo que Dios puede; no lo que hacemos, sino lo que Dios ha hecho y hará.

Pero había en Jerusalén esa otra fiesta—fiesta de que los poderosos ni siquiera estaban enterados. Una vez más, el pueblo de Dios celebraba la fiesta en el desierto. Ahora la celebraba en el desierto del Aposento Alto, en el contexto del Getsemaní, bajo la sombra de la cruz que se alzaba amenazante.

Pero con todo y eso, aquel maestro galileo, aquel que sudó en el Getsemaní, aquel que habría de clamar de dolor en la cruz, celebró la fiesta. La celebró “habiendo dado gracias”. ¿Gracias? ¿Gracias por qué? Ciertamente no gracias por el Getsemaní, ni gracias por los discípulos que dormitaban mientras él velaba, ni gracias por el traidor, ni gracias por veleidad por de Pedro, sino gracias porque detrás del Getsemaní, detrás de la volubilidad de Pedro, detrás de la cruz, y hasta detrás de Judas, está el Señor de la Fiesta.

Y así nuestras fiestas terminan, y nos vamos a casa con la misma tristeza de antes, a esperar la próxima fiesta.

Pero la Fiesta, con letra mayúscula, la Gran Fiesta de Dios, esa fiesta no termina. No termina,

porque ni nosotros la empezamos, ni tenemos tampoco el poder de terminarla.

Porque la verdadera fiesta, la fiesta que es nuestro mañana, nuestra visión del futuro, no la inventamos ni la gobernamos nosotros. La fiesta la inauguró el Señor de los espacios interestelares cuando, en aquella noche tan vacía que ni aun espacio había, sacudió las manos, y salpicó la noche de astros luminosos que desde entonces danzan en sideral coreografía. La fiesta la inauguró el Señor de los espacios interatómicos cuando invitó a los electrones a que, tomados de las manos, hicieran rueda alrededor de los ínfimos núcleos atómicos. La fiesta la inventó el Señor de las estrellas y de los átomos cuando dijo: “hagamos una criatura a nuestra imagen y semejanza”, y nos dio labios para reír, pies para bailar, brazos para abrazar, y corazones para celebrar.

Muchos quisieran clausurar la fiesta. Clausurarla quiso Caín con una quijada de asno, y clausurarla quiso nuestra generación con armas nucleares. Han querido clausurarla los ateos, inventando un mundo que no tiene quien le ame. Y han querido clausurarla los religiosos, inventando un Dios que no ama al mundo.

Pero la fiesta sigue. Y para que sepamos que la fiesta sigue, la Fiesta misma vino, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, llena de gracia y de verdad.

Y quisieron matar la Fiesta. Y la colgaron de una cruz. Y la taparon con una gran piedra. Pero al

tercer día la Fiesta se levantó de entre los muertos. Y rodó la piedra. Y rodaron los aguafiestas. Y hasta la muerte murió.

Y la Fiesta sigue. La fiesta sigue cada vez que el sediento tiene agua de beber, cada vez que el hambriento tiene comida que comer, cada vez que el campesino tiene tierra que labrar, cada vez que el trabajador recibe el fruto de su trabajo, cada vez que se levantan aleluyas al Señor de la fiesta.

¿Clausurar la fiesta? ¡Jamás! Muchos hay ya que quisieran clausurarla. Muchos hay ya que dicen que la mujer está para servir en la fiesta, pero no para sentarse a la mesa. Muchos hay ya que quieren sepultar la fiesta con grandes piedras de explotación, con piedras de egoísmo, y hasta con piedras robadas de la Biblia con las que pretenden suprimir la fiesta.

Pero la fiesta sigue. Y al tercer día las piedras rodarán, y de en medio de nuestras tumbas de dolor, de en medio de nuestras tumbas de opresión, de en medio de nuestras tumbas de religiosidad hipócrita, saltará la Fiesta para ya no callar nunca más.

En el entretanto, celebremos la fiesta. Celebrémosla en banquetes como este. Y celebrémosla también cuando en lugar de banquete haya ayuno. Celebrémosla con maraca y bongó, con congas y marimbas. Y celebrémosla también cuando callen las maracas, cuando se rompa el bongó, cuando lloren las marimbas.

Celebrémosla sabiendo que el día llegará cuando todos juntos a la mesa del Señor comeremos pan de vida y beberemos vino de fiesta eterna.

Celebremos. Celebremos. Celebremos. Aleluya. Aleluya.

Amén.

